

para volar hácia su ideal. Pero cuántas hay que caen sobre la tierra para no volver á emprender jamás su vuelo? Genoveva se encontraba en su segunda aurora.

IV.

LA CURIOSIDAD DE UNA HIJA DE EVA.

Algunos dias despues se daba un cocierto musical en la embajada de Austria.

Todo Paris se habia dado cita en este punto. Fué por esto que la señorita Regina de Parisis y la señorita Genoveva de la Chastaigneraye que podian hacerse abrir las puertas del palacio de Octavio de par en par, segun las órdenes del jóven, fué por esto que nuestras dos mujeres se atrevieron á entrar en sus habitaciones, por una escalera secreta llamada de las artistas, porque las cómicas pasaban por ella, ya fuesen cómicas de teatro ó bien cómicas del mundo.

Como sabia Genoveva que todos los dias, entre dos y cuatro de la tarde se podia seguir este peligroso camino sin ser reconocida? Cómo Genoveva se atrevia á entrar en el laberinto de D. Juan de Parisis?

Cómo Genoveva era dueña de una pequeña llave de plata que abria la puertecita del jardín?

Esto no debe ser el secreto de la comedia toda vez que lo ignoro.

Lo que me consta es, que la jóven abrió esta puerta

y que ella arrastró su tía hácia el invernadero guiándola por la escalera secreta hácia el cuarto de Octavio.

La señorita Regina de Parisis era en sus acciones tan extraña como Genoveva de la Chastaigneraye. Esto consistía en que en su inocencia, no tenían miedo de nada. Los corazones puros son los mas valientes.

No pintaré la curiosidad con que escudriñaron la vida familiar de Octavio. Ante aquellos retratos de mujeres, la solterona hizo la señal de la cruz, no sin espanto.

En la biblioteca, donde el jóven no entraba nunca, la señorita Regina saludó con cierto sentimiento de orgullo el padre y la madre de Octavio; observó algunos buenos libros entre otros libros malos de Octavio, que, entregado por entero al libro de su vida no leía ninguno.

Genoveva estudiaba aquellos muebles severos y femeniles á un tiempo, aquellos cuadros de célebres maestros, aquellas hermosas armas, aquellas futilidades de la vida parisiense, aquellas mesas de ébano que guardaban su gravedad ante la sonrisa de otros diges contruidos en palo de rosa.

La tía deseaba pasar una hora en el salon donde esperaba encontrar el esplendor de los Parisis; mas Genoveva sabiendo que al descender por la escalera principal encontrarían gentes de la casa, detuvo á su tía diciéndola que les sobraria harto tiempo para visitar la buhardilla en las demás visitas que harían.

En cuanto á ella, curiosa cual Eva, hubiese querido pasar todo un dia examinando á su primo por la historia de su vida que estaba sumariamente escrita en su dormitorio, en su saloncito, en su tocador, en su sala de armas y hasta en su fumadero.

Todo era de lujo y de gran gusto. Octavio era sobre todo aficionado á los muebles maqueteados de marfil sobre el ébano, representando las fachadas de los mas hermosos palacios y de las mas hermosas Iglesias del Renacimiento; amaba los diges trabajados por las mágicas manos de los cartujos del siglo décimo quinto, los cuales son obras maestras de arte y de buen gusto.

Genoveva, que era inteligente, se detuvo ante aquellas estatuillas, ante aquellas diosas del Olimpo en bronce dorado atribuidas al Verocchio. Adornaban las puertas de un mueble de ébano formado por tres cuerpos graciosamente redondeados; estaban colocadas á guisa de centinelas sobre las puertas y metidas en pequeños nichos colocados entre columnas de capiteles corintios que sostenian vasos de plata los cuales eran una imitacion de los vasos de Castiglione.

Genoveva admiró tambien la escultura de los frontones; sus ojos siguieron los dibujos del maqueado donde reconoció arabescos de Rafael. Todo atraía sus miradas. Los frisos parecían que tenían vida con las esculturas representando cacerías, combates de leones, hojas de árboles y escenas mitológicas.

Mientras que Genoveva admiraba aquellas escul-

turas, la señorita de Parisis, admiraba sobre la puerta del centro el escudo de plata de su familia. Frente á este último había una mesa de ébano y en ella se admiraban tres cuadros con marcos adornados de arabescos. Representaban á Diana en la caza, á Diana en la fuente y á Diana dormida. Esta mesa se hallaba sostenida por tres cariátides y algunas sirenas de plata se enredaban á un pié monumental, representando cabezas de furias.

Las sillas eran por el mismo estilo con incrustaciones de marfil, esculturas finas, adornos, arabescos, amores y rosas. Los grabados representaban las escenas de la Iliada.

En admirables tiestos, con piés de bronce dorado y de un trabajo esquisito, se ostentaban con libertad las mas raras flores.

Genoveva cogió una de los trópicos que Parisis había ofrecido ya á otra muger por la mañana; la jóven la acercó á sus lábios con un sentimiento indefinible de vaga esperanza.

El reloj dió las cuatro.

—Las cuatro ya! exclamó Genoveva contemplando una obra maestra de Boule, colgada en el techo y que caía entre dos puertas.

La jóven no perdió mas tiempo contemplando las bellas estatuillas, los finos grabados del cuadrante ni las acantas de los capiteles.

Era ya tiempo de salir, toda vez que Octavio podía entrar y sorprenderlas.

Esto no obstante se detuvo cerca de un minuto frente á un secreter de ébano con cerraduras de plata.

Era la novela de Octavio, segun sus propias frases.

Todas las cartas y retratos de sus queridas estaban allí mezclados y revueltos.

Uno de los cajones estaba abierto. Genoveva notó en él un guante, tres ó cuatro cartas y un retrato. Era el retrato de una actriz célebre.

De quién era el guante?

Sin duda era un guante que él había arrancado á una manita rebelde.

Y las cartas?

Ah! si Genoveva se hubiese encontrado sola!

Tiró de otro cajon: cartas, retratos y flores secas.

—Esto no es un mueble, se dijo, sino un campo-santo. Perché deja entreabiertas sus tumbas? Parisis no había cerrado mas que el cajon de en medio.

Allí se guardaba el secreto del dia; aquel era el lugar del corazon.

—Oh! no se lo que daría para que este cajon estuviese abierto!

Mas si este cajon se hubiese abierto como por magia, la jóven hubiese quedado sorprendida.

En él no había nada.

Y entonces hubiera deseado que aquel cajon fuese por Octavio para colocar en él algun dia sus cartas; su retrato, las flores cogidas con ella y su guante arrancado por su mano.

—Veamos, dijo su tia; Octavio puede entrar y sorprendernos. Nos conducirá á la prevencion como aventureras.

—No temais nada, mi querida tia: cuando se viene aquí por la escalera secreta, se es siempre bien recibido. Pero no quiero que mi primo me vea ántes de amarme.

—Que niña eres! tanto te amaré de un modo como de otro.

Genoveva siguió á su tia respirando la flor de los trópicos.

V.

LA VISION DE UN ESCÉPTICO.

Nevaba. Paris, encapuchado como un beneditino en su hábito blanco se disponia á correr sus aventuras.

Era la noche del mártres de carnaval: los últimos romanos, los parisienses de la decadencia, querian una vez mas y antes que llegasen los días sombríos de la cuaresma coronarse de rosas y lanzar sus gorros de dormir por encima del último molino de Montmartre.

Todo se vá! hasta los molinos, los carnavales y Paris mismo!

Un verdadero parisien de la verdadera decadencia, Octavio de Parisis, queria disfrutar de la última noche de carnaval. Se habia disfrazado de doctor Fausto en busca del amor, como un gentilhomme vestido de púrpura y oro, con la capilla de seda en el hombro, la pluma de gallo en el sombrero y ciñendo una larga espada en el costado.

Iba como el verdadero Fausto á hacer la esperiencia de la vida? Debia decirse tambien como Fausto: